

PLUMA
y LAPIZ



NÚM. 93

MARGARITA COLORADO

Fot. de A. Esplugas



ASUNTO GASTADO

MIENTRAS Gonzalo concluía de escribir una carta á su pobre madre, que allá en el pintoresco pueblecito natal esperaba el regreso de su hijo, victorioso de su lucha por la gloria, en el terreno del arte, Enrique acababa de leer un artículo inserto en el periódico que escogiera para entretenerse.

Los dos terminaron á la vez su ocupación, y á un mismo tiempo exclamaron: Gonzalo, satisfecho y sonriendo con dulzura:

—¡Ya está!

Enrique, tirando el periódico con enojo sobre el cercano velador:

—¡Jesús, qué malo es eso!

Miráronse un instante con fijeza, y Enrique continuó:

—Me refiero al artículo de X... que publica esa hoja literaria.

—¿Y opinas que es malo?

—Opino que no me gusta.

—Bien dicho... y mal juicio el tuyo.

—Encuentro precipitada la acción... No hay palabras bonitas ni párrafos *redondos*, ni...

—Ni debe haberlos... X, es un colorista-realista... á su modo; mejor dicho, original. En su concepto, que es el mío, la descripción ha de ser breve, gráfica, apuntando solamente los trozos de más color, los que con

más precisión dan exacta idea de lo que se describe... Todo adorno retórico estorba, huelga, casi es perjudicial, pues distrae la atención del que lee. Hay que producir, describiendo, el mismo efecto que nos produciría lo descrito al contemplarlo. La naturaleza, el cuadro, la fotografía... todo lo vemos por entero al primer golpe de vista; debe-

mos, por lo tanto, procurar que nuestras palabras abarquen tanto, y con tanta rapidez, á ser posible, como la vista, condensando en el verbo, acción, movimiento, vida; dando con el adjetivo color, y con cada frase, en fin, un rasgo del original ó una oleada de su ambiente, para que el lector vea analizado ó analice á su vez, lo que el artista pinta con la palabra. El

que lee, ejerce de curioso que penetra en el estudio de un pintor (estudio que en nuestro caso es el libro) y ve cómo cada mancha que sobre el lienzo extiende el pincel,

es un trozo de lo real, trozos que se unen, se completan, y forman el cuadro que, al fin, contempla con admiración. El escritor, pues, debe hacer lo mismo, teniendo la pluma por pincel, por paleta el idioma y por colores sus palabras, que unidas unas á otras

formen la línea, la luz, el color, la armonía, todo, y lo hagan *ver* á la inteligencia, tan pronto á ser posible, como podrían verlo los ojos en lo real. La mirada no ve detallado, al pronto, el conjunto; la inteligencia ha de *ver* forzosamente todos los detalles, en lo reproducido por medio de la palabra. Ventajas de la pluma sobre el pincel y de la inteligencia sobre los sentidos.

Enrique quiso atacar aún á X...

—¿Y el asunto del trabajo? No tiene la menor novedad, es un asunto viejo, cursi, tratado por todos los románticos llorones...

—Es cierto que se han escrito muchos artículos tratando ese mismo asunto; mas no importa. Cuando un hecho trascendental ó heroico que encierra algo doloroso, noble ó tierno, se repite incesantemente en la vida real ¿por qué no se ha de poder repetir en la vida del arte? Si el espectáculo de lo noble y de lo bello despierta emulaciones y sentimientos generosos, describamos nosotros eso mismo, una y cien veces, para lograr idénticos resultados.

—Pero con eso nada gana el arte.

—Al arte le basta la *manera* del artífice, la *factura*, como diría un pintor. El arte no está en el asunto; éste es independiente de aquél, y revelador tan sólo de la potencia imaginativa. El artista se revela lo mismo en un cuadro *imaginado* que en una copia de lo visto ó lo *vivido*; casi estoy por decirte que en la copia de lo real



se revela más, pues en lo *imaginado* se corre el riesgo de caer en el convencionalismo. En el trabajo de X tienes una prueba. El asunto es vulgar por lo manoseado, según tú: «una muchachita de seis años, paliducha, flaca, enfermiza, con el rostro sucio, los cabellos enmarañados por delante y en trenza por detrás, está en pie, arrimada á solitaria esquina y bajo la luz de un farol. Tiene la barbita pegada al pecho, los bracitos colgando á lo largo del cuerpo... El agua cae á raudales levantando burbujas al dar contra el suelo; parece que el agua que sobre él se desliza en torrentes, está hirviendo... Un obrero, único transeunte que acierta á cruzar por allí, la ve: «—Qué haces ahí? ¿No tienes casa? ¡Pobre!... Aparta... ¡Contra! casi nos atropella ese coche... ¡Cómo nos ha puesto de barro! ¡Hasta los coches de los ricos escupen á los pobres!» «Bueno... vamos, tápate con mi bufanda... En la taberna nos partiremos la cena». Y dos horas después, cuando la lluvia cesó ya, y la luna brilla en el firmamento, se les ve aparecer juntos en la misma esquina, riendo alegremente: «Ea; ya no llueve. Hasta que Dios quiera... Oye: ¿me das un beso? ¡Besarme la mano!... Quitata tonta, eso á los ricos... ¿Que me lo pague Dios?... ¡A los ricos también! Nosotros nos pagamos así... ¡Toma otro

beso!» Y repitiendo «¡hasta que Dios quiera!» el obrero se aleja con las manos en los bolsillos del pantalón, y la niña se queda jugando en cuclillas con el agua terrosa de un gran charco que el frío Guadarrama riza en pliegues luminosos, semejantes á líneas de plata, á través de los cuales se ve, allá en el fondo, la esquina, el farol, la niña, todo movable, todo invertido.

Gonzalo terminó su defensa de X, diciendo con firmeza:

—¡Asunto gastado! Lo que en la vida real *no se gasta*, lo que en ella es eterno, eterno debe ser en el arte... A éste le basta... *el arte* con que cada artista haga vivir lo real.

LUIS DE VAL

INSTANTÁNEAS

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

De sus obras en la lista no hay una que no sea buena, y honrando la patria escena aplausos sin fin conquista.

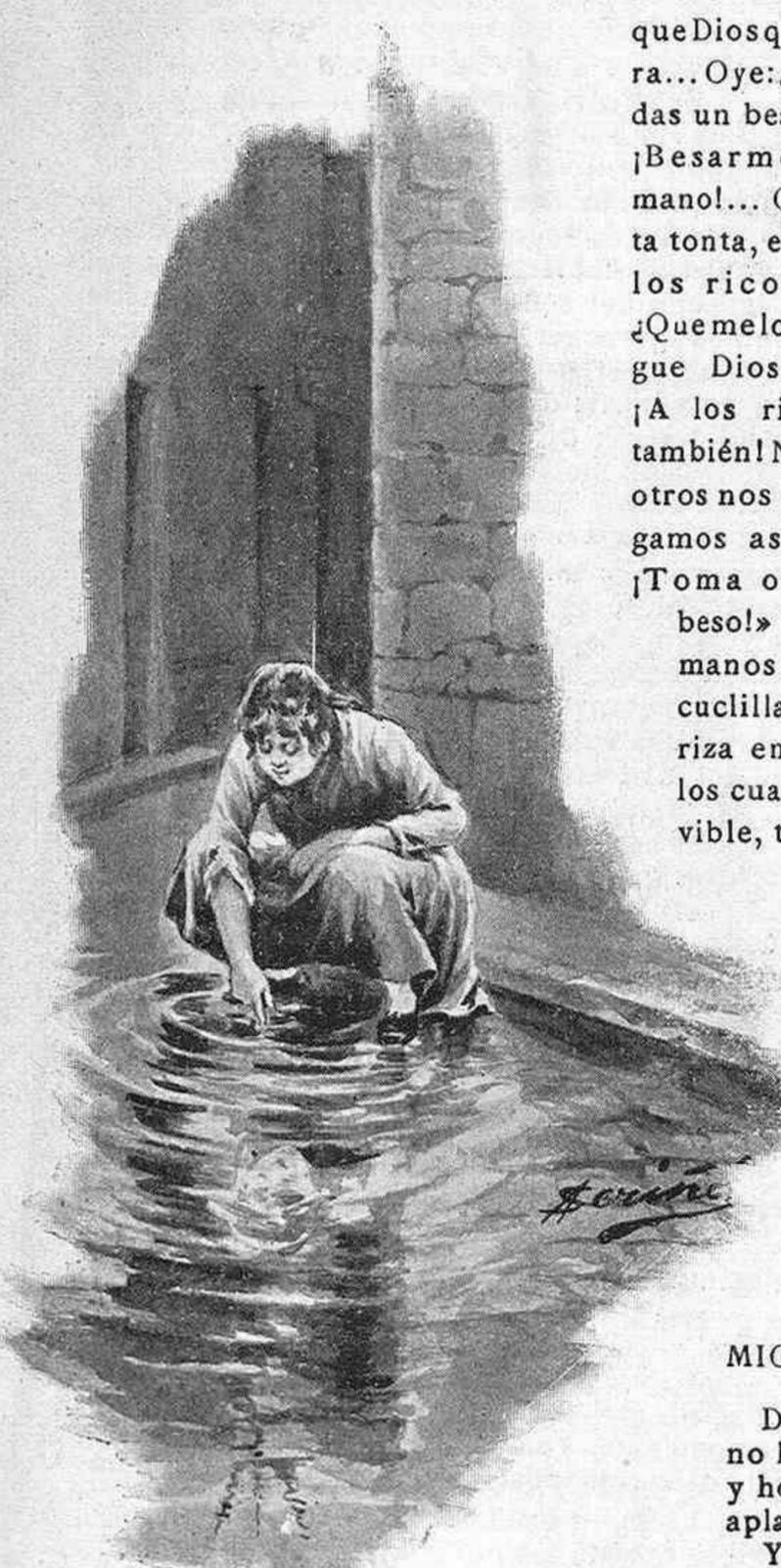
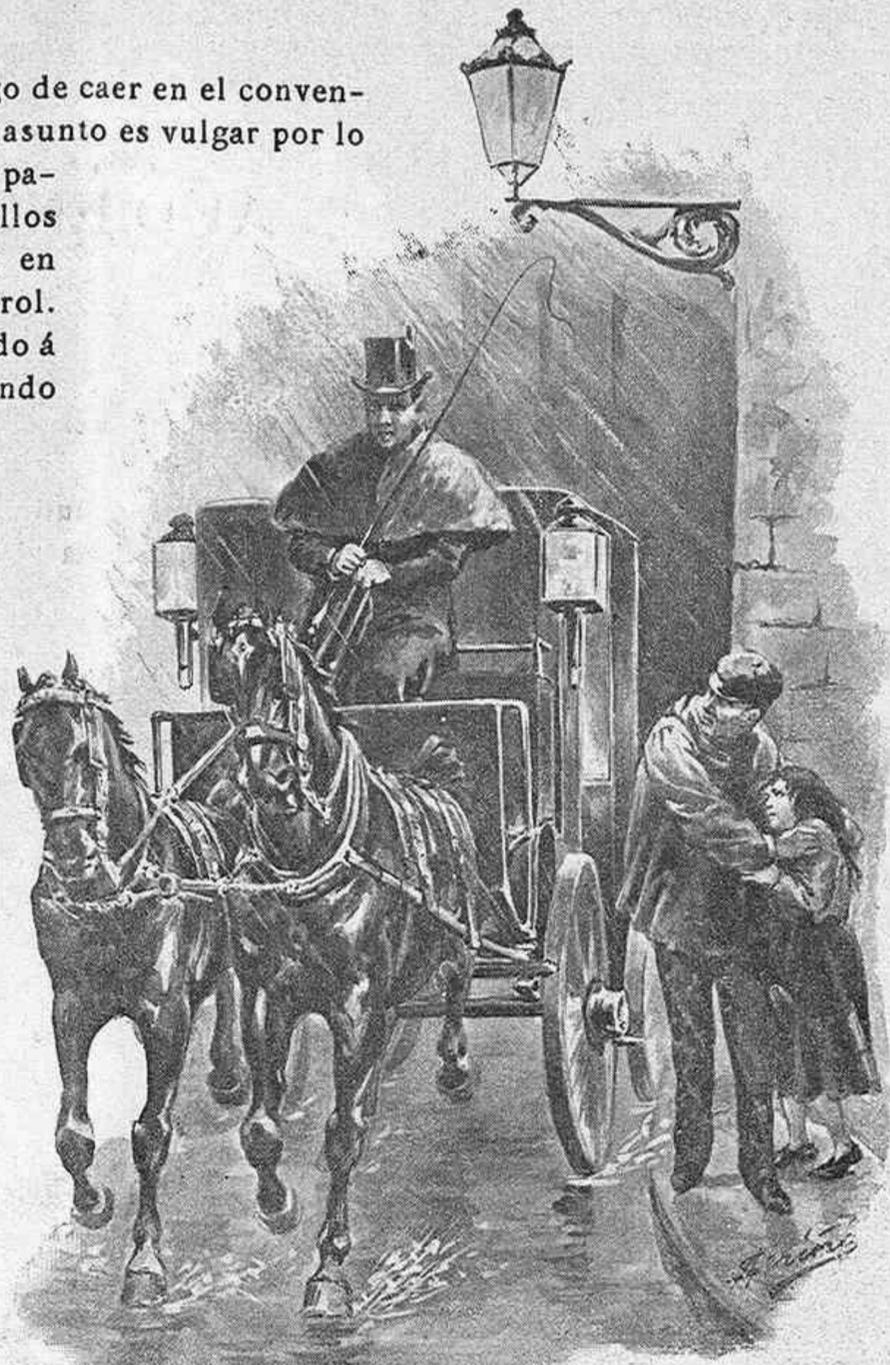
Y es tal su celebridad y su gloria tan notoria, que brilla el sol de su gloria hasta en plena *Tempestad*.

RICARDO SEPÚLVEDA

Es poeta de cuerpo entero y de ello da testimonio *El pleito del matrimonio* que sostuvo con Guerrero.

Y que es escritor de agallas pregonan de ceca en meca *El corral de la Pacheca* *Sol y sombra* y *Antiguallas*.

CARLOS CANO



AUDIENCIA MINISTERIAL



Su Excelencia estaba ya hastiada de tanta audiencia y, sobre todo, de tanta petición. No parecía sino que aquella mañana se hubiesen puesto de acuerdo todos los importunos que desde la antesala habían pasado por riguroso turno al despacho del señor ministro, para abrumarle con sus gorroneerías. Todos pedían limosna: el uno un empleo en Madrid, el otro un empleo en provincias; éste un estanco, aquél una administración de loterías; quién una pensión fundada en motivos ridículos, que tres gobiernos distintos habían sucesivamente desestimado; quién un acta de diputado para las próximas elecciones. En fin, un interminable desfile de pordioseros, más ó menos necesitados, me-

jor ó peor vestidos y que todos, desde el primero al último, empezaban por alargar la correspondiente cartita de recomendación.

El joven ministro, — contaba escasamente treinta y siete años y era novel en el oficio, — había principiado por recibir con suma amabilidad á los solicitantes. Saboreaba con íntima voluptuosidad las delicias del poder; sentíase profundamente feliz y en disposiciones inmejorables para acoger con benevolencia las súplicas del prójimo y labrar, en cuanto sus medios se lo permitiesen, la dicha del género humano. Además, estaba ansioso de popularidad: quería que se dijese de él que era un ministro amable, fino, condescendiente, no altanero y montaraz, como pasaba por ser alguno de sus ilustres colegas. Los primeros pedigüños fueron recibidos, pues, con exquisita complacencia y sin comprometerse demasiado, les dejó concebir, Su Excelencia, halagüeñas esperanzas. Pero, poco á poco, se puso nervioso de ver entrar y salir á tanto sablista. Lentamente fué tomando su fisonomía, abierta y sonriente en los comienzos de la audiencia, un aire de aburrimiento, una expresión seca y glacial. Al salir de la estancia el décimo sexto pretendiente, que no se marcharía seguramente muy ilusionado, preguntó el Consejero de la Corona al portero que se había quedado en el dintel esperando órdenes, probablemente la de que se daba por terminada la audiencia de aquel día:

—Dígame, Ruíz ¿cuántos esperan afuera?

—Diez y ocho, Excelentísimo Señor.

—¡Válgame Cristo!... Y no puedo disponer más que de cinco minutos... No recibiré más que á otros dos: ¿entiende usted?... ¿A quiénes les toca el turno ahora?

—A una especie de jayán y á un cura, que debe de serlo de aldea.

—Está bien: les recibiré, pero á nadie más; avíselo usted.

Se retiró el portero é hizo entrar al jayán. Era éste un tipo macizo, mal encarado, antipático, que parecía encontrarse muy cohibido en sus arreos domingueros. Saludó torpemente, como pudiera hacerlo un oso á medio educar, y su manaza, enguantada de negro, alargó una carta de recomendación, mientras decía el hombre con acento andaluz y aguardentoso:

—Traigo otras doz, zeñó menistro.

Pasó rápidamente el Excelentísimo su mirada por las tres misivas y luego preguntó:

—Pero, vamos á ver; ¿qué destino es el que usted pretende?... porque veo que en estas cartas no se indica claramente lo que usted quiere...

—Pues verá uzía... lo que yo quisiera, porque á la verdá lo tengo bien meresio y me toca en justisia, es que se me dé en propiedad el deztino de ejecutor de la audiencia de Córdoba, que desempeño como zuplente y que ahora ezta vacante y que me quieren quitá...

Hizo el ministro un gesto de viva repugnancia y replicó áasperamente:

—Eso no es de mi ramo, nada tengo que ver con esos destinos.

—Lo zé... lo zé... pero había penzado yo y habían penzado ezos zeñores que me recomiendan, que podría uzía recomendarme al otro menistro, al que manda en ezas cosas...

—Se equivoca usted; eso no es de mi incumbencia. Puede usted retirarse.

El verdugo suplente permaneció allí un momento, inmóvil, rascándose la cabeza, queriendo insistir y no atreviéndose. Hasta que viendo que el ministro le había vuelto las espaldas para examinar unos papeles, decidió marcharse y tomó lentamente, cabizbajo y mohino, la puerta.

En la que asomó, un momento después, la negra y escuálida silueta de un sacerdote, cuyas miradas se fijaron, entre tímidas y curiosas, en la airosa persona del ministro. Era un hombre anciano ya, de semblante apacible y humilde aspecto. Su sotana y su manteo, muy limpios, pero muy raídos, acusaban ese estado de pobreza tan frecuente en el bajo clero campesino. Hizo una cortés reverencia y avanzó tres ó cuatro pasos, esperando que el potentado del día le dirigiese la palabra.

—¿En qué puedo servir á usted, padre? — preguntó con deferencia el ministro.

Hizo el clérigo un nuevo saludo y luego, con sonrisa bondadosa, dijo:

—¿Tanto he envejecido, mi señor don Enrique, que no me reconoce usted ya?

Contemplóle el personaje con asombro y luego tendiendo la mano, exclamó con suma amabilidad:

—¡Cómo!... ¿usted por ahí, padre Quintero?... Y qué poco contaba yo con tan agradabilísima sorpresa... Siéntese usted, padre, siéntese usted... y echemos un párrafo, que aunque tenga el tiempo muy medido y ocupado, como no puede usted figurarse, no quiero privarme del gustazo de platicar un ratito con un tan bueno y antiguo amigo.

Tomó asiento el cura al lado de su ilustre interlocutor. Agradecido y al propio tiempo cohibido, iba contestando á las preguntas que, con acento muy amable y sobre diferentes vulgaridades, le dirigía Su Excelencia. Cuando ésta no era aún usía ni parecía en camino de serlo, esto es, once ó doce años atrás, limitándose entonces á ser un abogado muy listo, de pocos pleitos, pero de mucho empuje, ejerciendo allá en Santielmo y dispuesto á todo con tal de conquistarse una posición polftica, habíanse conocido y tratado íntimamente el sacerdote y el futuro hombre público. Pero si el primero había adelantado poco en su carrera, pasando de una vicaría de la pequeña urbe al curato de un pobrísimo pueblo cercano, el segundo lograra con prodigiosa suerte y extraordinaria rapidez encumbrarse hasta los primeros puestos. De jefe del grupillo conservador de Santielmo empezó por ascender á diputado provincial; al año siguiente lo fué á Cortes. Una vez en Madrid y en el Congreso, su ductilidad, su desparpajo, su pico de oro, le habían asegurado un bufete envidiable y valido la amistad del jefe del partido. Complacióse la fortuna en mirarle y á los dos quinquenios de haber llegado á la Corte, siendo un abogadillo ignorado, veía pagados sus afanes y sus evoluciones — hay quien ha soltado la palabra apostasías — con una cartera en el Gabinete recientemente formado. En aquellos diez años



no había vuelto á poner los pies en Santielmo, ni acordándose de sus habitantes. Y el padre Quintero, su respetable maestro y amigo de antaño, y hasta su protector en tiempos difíciles, cuyo recuerdo no le gustaba evocar, se le aparecía ahora, poco menos que como un resucitado. Díjose, al punto, que el buen hombre, noticioso de la gloriosa elevación de su antiguo discípulo y protegido, se apresuraba á aprovechar la coyuntura para solicitar algo también. Algún curato importante... pensó el ministro. Y dispuesto á mostrarse servicial y generoso, planteó él mismo la cuestión, preguntando con creciente afabilidad:

—Dígame, padre Quintero: ¿puedo yo servirle á usted en algo?... Con toda franqueza ¿eh?... Ya sabe usted que para mí la palabra amistad no es una palabra vacía y sin sentido...

La fisonomía bondadosa del clérigo expresó cierta turbación, algo como un temor de hablar. Pero luego se decidió el buen hombre y con voz entristecida, dijo:

—En efecto, Enrique, venía á pedirte... quiero decir venía á pedir á usted...

—¡Oh!... puede usted tutearme como siempre lo hizo, padre —replicó sonriendo el estadista. — Para usted no soy yo el ministro; soy siempre el antiguo discípulo.

—Pues bien, Enrique, hablándote con franqueza te diré que he venido á Madrid para hablarte, para solicitar algo de ti, no en favor mío, sino en el de otra persona. Yo soy pobre, muy pobre, pero para la vida que llevo, para las necesidades que tengo, me contento con lo poquísimos que poseo. Al dirigirme á ti, lo hago cumpliendo con un deber y en el interés de otra persona... digo mal... de dos personas... á quienes no creo puedas haber olvidado.

El rostro de Su Excelencia se obscureció visiblemente y sus labios sonrientes se contrajeron con expresión de disgusto.

—Perdóname si te molestan mis palabras —prosiguió el cura —lo sentiría en extremo; pero ya te lo he dicho: cumplo con un deber: deber imperioso y sagrado. Tú no puedes echar en olvido la deuda que contrajiste con la pobre Rita. Era una muchacha buenísima, honradísima y que no cometió más falta que la de ser demasiado cándida y de creer en tu amor y en tus promesas. Las consecuencias ya las sabes... digo mal... no las sabes todas, porque de fijo ignoras, ó cuando menos no recuerdas, que Rita y Enriqueta, su hija—y tuya—viven una vida muy triste, muy precaria, llena de penalidades. La niña, que cuenta ya doce años, es muy enclenque; está anémica la pobrecilla y en su carita, que es muy mona por cierto, no verías color ni sangre. Ya se ve... creció siempre delicada y no ha podido tener los cuidados ni los alimentos que los niños necesitan para lograr. Su madre bien se mata, la infeliz, trabajando; pero ¡se paga tan poco el trabajo de la mujer!... Apenas si dándole á la aguja todo el día y parte de la noche, desde que se levanta hasta que se acuesta, gana lo indispensable para el sustento de las dos... Y aún gracias si le fuese permitido trabajar tanto como ella desea; pero la tristeza, la vergüenza y la miseria han alterado de tal modo su salud que, muchas veces, ni el recurso de mal ganarse la vida le queda. Y puedes creerlo, Enrique; á no ser por la caridad de los vecinos, Rita y su hija habrían pasado hambre... quizás la pasaron, ó la pasan... porque Rita es mujer que preferirá sufrir en silencio á importunar á la gente. Y estoy seguro que si el amor maternal no acallara su noble altivez y no tuviera que padecer la hija de sus entrañas, lo que es ella se dejaría morir en un rincón, antes que aceptar una limosna.

La voz del padre Quintero había perdido ya su expresión tímida y humilde; resonaba ahora firme, entera, con matices de honda conmiseración. Escuchábale el ministro entre avergonzado y furioso, con ansias vehementísimas de soltarle una insolencia al importuno que así venía á sacudir tan bruscamente el letargo de su conciencia tranquila y adormecida, mas sin atreverse á ello. Su rostro habíase puesto primero de color de grana, luego pálido, no de emoción, sino de ira; las manos se crispaban nerviosas sobre los brazos del sillón.

—Hace cuatro ó cinco años,—prosiguió el sacerdote tras una pausa,—te escribí dos cartas sobre el asunto. Sabía que tu posición estaba asegurada, que hacías tu camino en la vida y te rogaba, apelando á tus sentimientos de honradez y de justicia, aseguraras á tu vez la subsistencia de aquellos dos pobres seres. Y también te decía: si no quieres cumplir tu palabra y casarte con Rita, reconoce al menos á tu hija; dale á esa inocente el nombre á que tiene derecho. Y con el nombre dale una pensoncilla, á fin de que el día de mañana no pueda decir: tenía un padre y éste nos abandonó sin piedad á mi madre y á mí. Eso te escribía en mis cartas... que no merecieron siquiera una contestación.

—No las recibí...—baluceó don Enrique, sin levantar la mirada del suelo, con el acento rudo de un hombre que miente cobardemente.

—¡Ah!... ¡Es extraño!—murmuró el cura, con entonación de incredulidad y de leve ironía, que hizo sonrojar al ministro.—En fin... cómo ha de ser... ¡se pierden tantas cartas! Pero dejemos lo que pasó y volvamos al presente. Sé que te casaste, que tienes un hijo de tu esposa y no insistiré, por lo tanto, en mis antiguas pretensiones. Mas no creo que tu nueva posición deba impedirte el atender á tus deberes de cristiano y de hombre que tenga un poco de conciencia. Por eso te pregunto: Enrique ¿quieres hacer algo para aliviar la desdichada situación de Rita y de su hija?

Hizo el ministro un esfuerzo para reponerse de su turbación y recobrar aquella magnífica sangre fría que era una de sus más preciadas condiciones políticas. Tuvo, por un segundo, intención de pronunciar un elocuente discurso para convencer al padre Quintero de que no era tanta su culpa como á primera vista parecía y que hasta, si bien se miraban las cosas, no existía culpabilidad ninguna, por ser desgraciadamente las circunstancias las que reglamentan con su avasallador influjo la conducta del hombre. Pero su mirada se clavó en el reloj de la chimenea y vió que no tenía un minuto que perder. Sus compañeros de gabinete le estarían esperando ya. Era preciso terminar la audiencia y cortar en seco toda explicación. Con ademán frío y acento breve, dijo:

—Lo siento mucho, padre; pero es la hora del Consejo y no me es posible prolongar nuestra conversación. También siento en el alma que mi situación personal de fortuna, mucho menos brillante de lo que tal vez usted imagina, no me permita hacer cuanto yo desearía. Tengo muchísimas obligaciones y por el momento sólo puedo entregar á usted esta pequeña cantidad, para... para las personas de quienes acaba usted de hablarme.

Al decir eso, había sacado su cartera del bolsillo y sus dedos alargaban al cura dos billetes de á cien pesetas. El clérigo tomó el dinero, y con expresión indefinible, repuso:

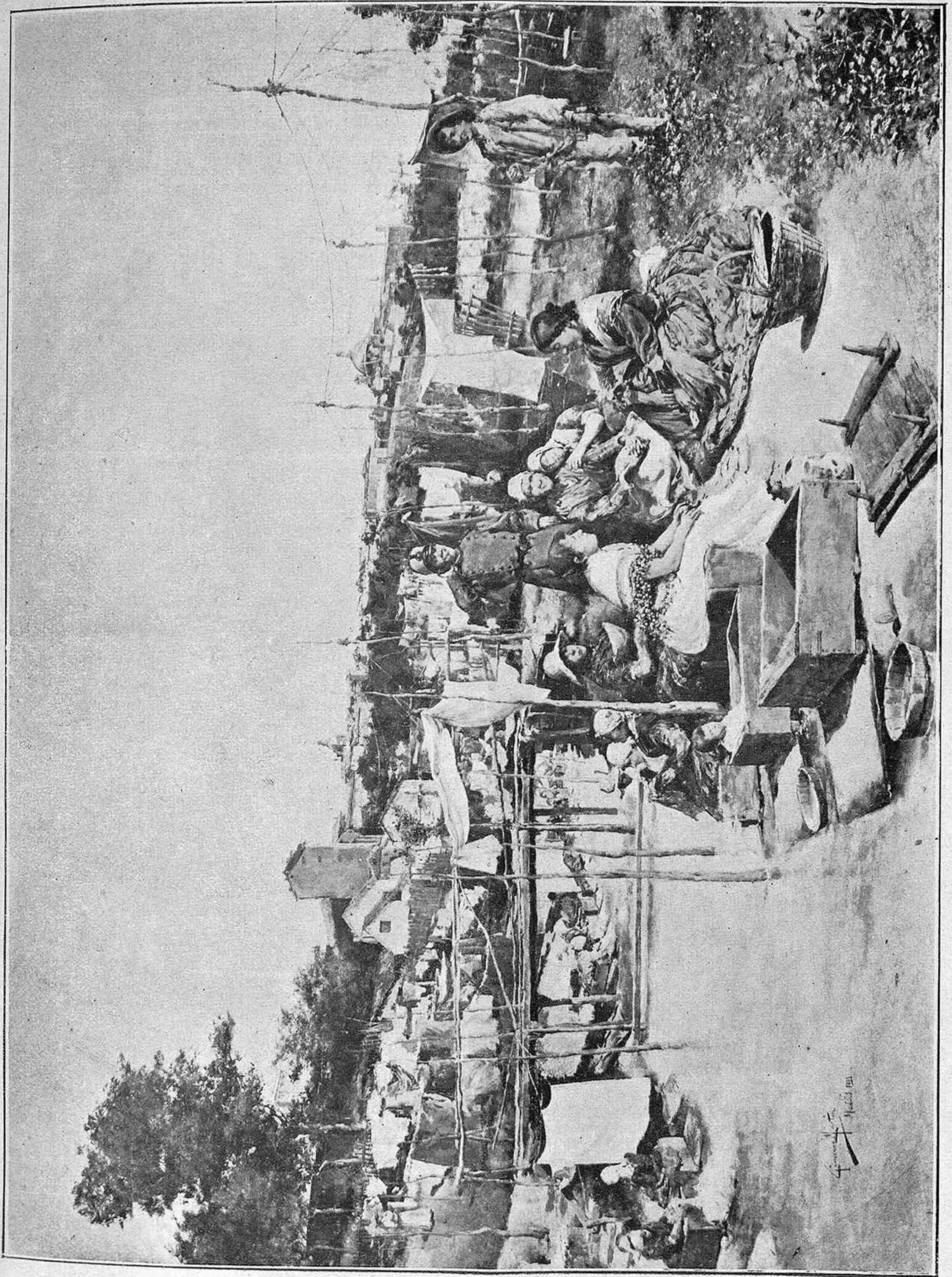
—Con esos cuarenta duros tendrán para vivir cuatro meses: ¡están tan acostumbradas las pobres á la más estrecha escasez! Que Dios le pague la caridad, Excelentísimo Señor, y libre al hijo de V. E. de verse un día como se ve hoy su infeliz hermanita.

Hizo un profundo saludo y salió del gabinete, dejando al potentado mordiéndose los labios de vergüenza y de ira.

JUAN BUSCÓN

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

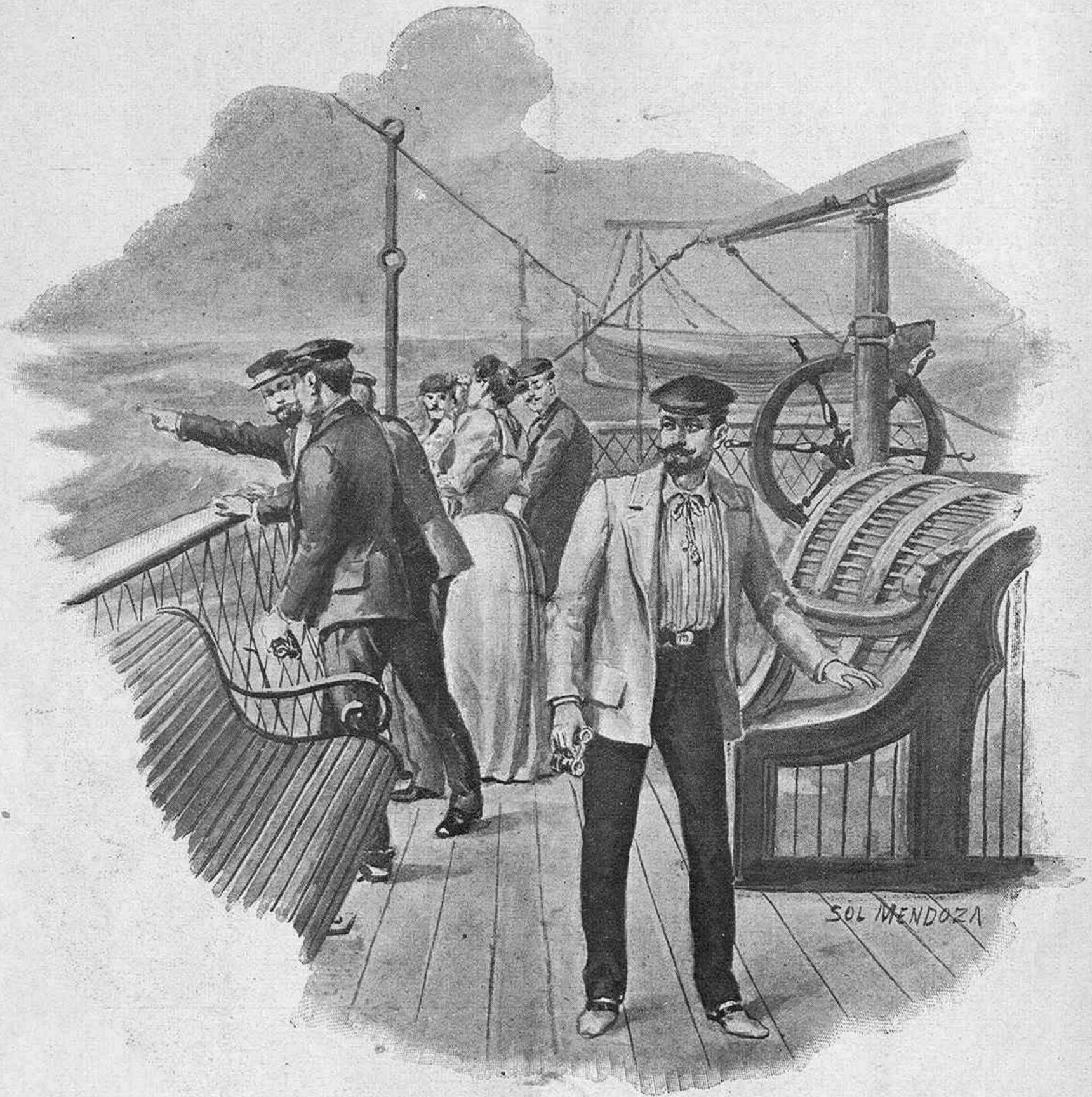




A ORILLAS DEL MANZANARES — Cuadro de GIMÉNEZ MARTÍN.

LA MANO NEGRA

A bordo del *Canopus*, uno de los mejores buques de la Compañía Cunard, hice la travesía de Hull á Río de Janeiro. Todo marchó á pedir de boca durante los primeros días del viaje, que fué rápido. Pero cuando estábamos casi á la vista de las costas brasileñas, una violenta tempestad estorbó la marcha regular del buque. Olas enormes se estrellaban con tal ímpetu sobre los costados y embarcaban tal cantidad de agua, que á pesar de las buenas condiciones del *Canopus*, y de que resistía gallardamente los golpes de mar, el capitán se vió obligado á variar de rumbo, poniendo proa al Sur, lo cual nos alejaba de Río de Janeiro, pero permitía sortear con menos riesgo el temporal. En aquellas latitudes son tremendas las tempestades, y la que corríamos era tan furiosa, que después de diez horas el buque perdió casi por completo el gobierno y fué preciso, de la



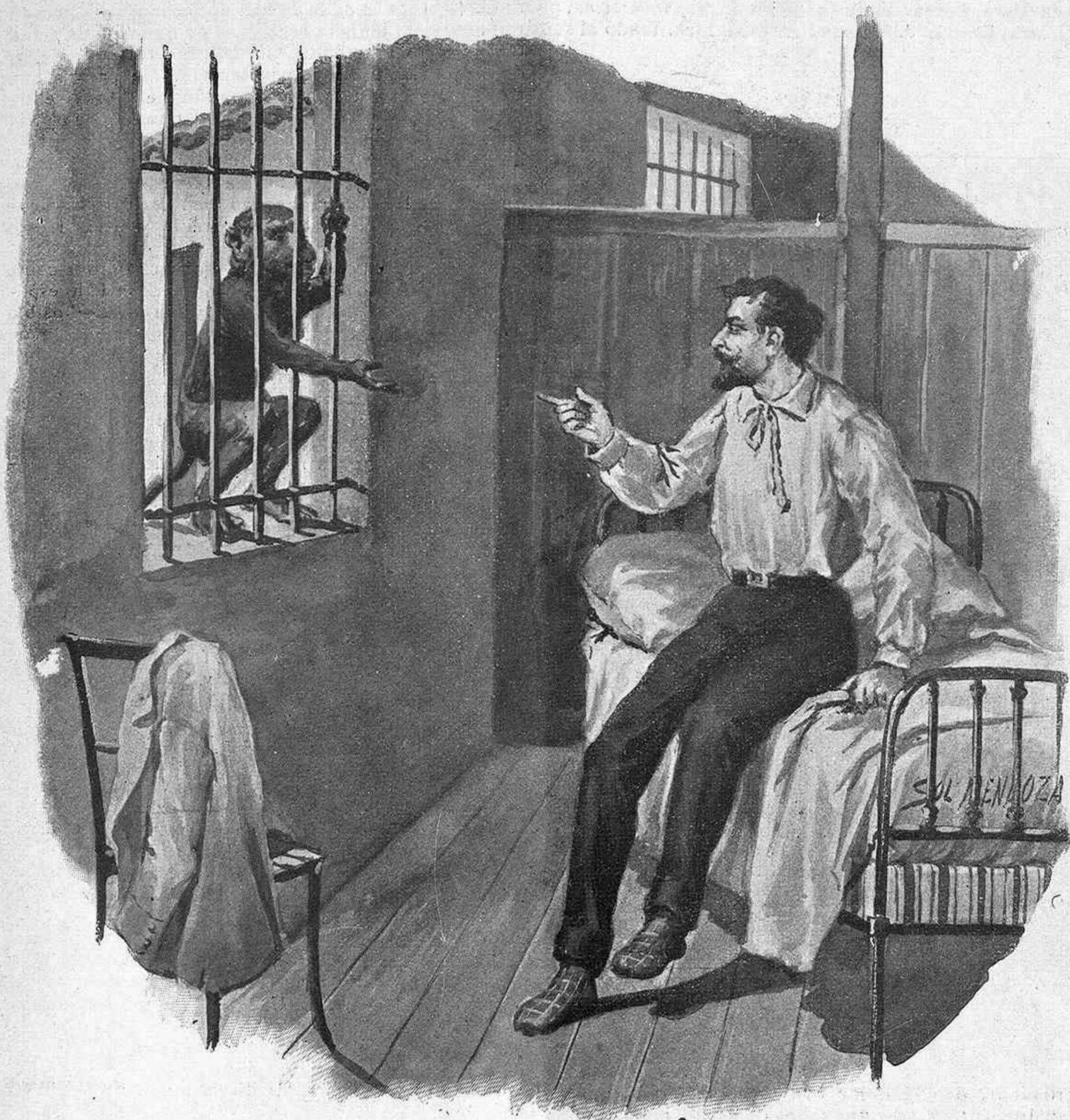
mejor manera que se pudo, hacer rumbo á un puerto de escasa importancia, que nos ofrecía seguro refugio. He aquí porque, en vez de desembarcar en Río de Janeiro, lo hicimos en San Paulo do Río.

El *Canopus* necesitaba hacer reparaciones para llegar al punto de su destino. El timón y la hélice estaban muy estropeados. Preciso nos fué, por lo tanto, desembarcar. La parada forzosa duraría, según se nos dijo, unas treinta horas, suponiendo que la tempestad amainara, porque sino la espera sería más larga.

A las ocho de la mañana desembarcamos y, como era natural, buscamos los pasajeros un alojamiento en la villa. Esta, que tiene apenas unos ocho mil habitantes, dedicados en su mayoría á la agricultura, no cuenta sino dos posadas. Ni una ni otra, ofrecen grandes comodidades al viajero, ni son modelo de limpieza ni escuela de Vatels neolatinos; pero, como no podíamos mostrarnos exigentes, forzoso nos fué apechugar con lo único que había. Así me instalé en *O Lion d'ouro*.

El calor que se sentía en aquella población mal orientada, circunvalada de montañas, por todas partes, era insoportable. Las calles, sin afirmado alguno, estaban cubiertas de una tierra rojiza, arcillosa, de la que á duras penas podía arrancarse las botas. Las casas, de un solo piso, tenían un vano de más de medio metro entre

las paredes y la techadumbre, á fin de que pudiera circular libremente un aire que nosotros no sentíamos en ninguna parte; pero de cuya existencia certificaban los naturales. El sol caía casi á plomo, y entretenerse en recorrer las calles, equivalía á correr en pos de una insolación segura. Quedéme, pues, en la posada y después de comer gran cantidad de carne y algunos frutos del país, limas y plátanos, indiqué al hostelero que me designara habitación para poder lavarme y echar una siesta. Dijome que las pocas que tenía estaban ocupadas y que no podía darme una para mí solo. Insistí en mi demanda, recordando que en el cinto llevaba cuatrocientas libras esterlinas, y, después de mucho rogar, conseguí que me diera un cuarto que estaba junto al tejado, el más fresco de la casa, según me dijeron. Subí á él. Tendría unos cuatro metros de largo por tres de ancho. Un biombo, escasamente más alto que un hombre, lo separaba de una pieza contigua. Una ventana enrejada daba á una galería que rodeaba toda la casa, especie de verandah por donde podían pasearse otros huéspedes cuyos cuartos, en vez de una reja, tenían una puerta que daba á la tal galería.



Por un exceso de precaución miré por sobre el biombo. El cuarto del lado no tenía cama. Había una porción de trastos viejos y un rintero de paja de maíz. Estaría, pues, solo como había deseado. Me lavé y luego, aligerándome de ropa, me eché en la cama. La fatiga de las últimas horas de navegación, el insufrible calor y la costumbre de echar la siesta, hicieron que durmiera buen rato. Al despertar, bajé al comedor, conversé con varios compañeros de viaje, pasaron las horas, obscureció, comí y de nuevo me encaramé á mi habitación. Unos momentos hacía que estaba en ella, cuando en la del lado oí la respiración pesada de una persona dormida. Miré por sobre el biombo y, encima del montón de paja de maíz, distinguí perfectamente un negrazo que dormía como un bienaventurado. Aquello no entraba en mis cálculos. Temeroso por mis relucientes esterlinas, bajé al comedor y dije al huésped que no me gustaba el que tenía biombo de por medio, y que me haría un señalado favor enviándole á otra parte. Amo y camareros se rieron de mi aprensión, y me aseguraron que era el moreno el hombre más honrado de San Paulo do Río, y que podía dormir á pierna suelta sin temor á nada ni á nadie. Contrariado y no convencido, encerréme de nuevo. Por lo que pudiera

tronar, dejé un excelente Smith de nueve milímetros al alcance de mi mano sobre el comodín, una caja de cerillas junto á la vela y me propuse, además, como segura precaución, no dormir en toda la noche. Como el calor era sofocante, cambié de posición la cama, poniendo la cabecera junto á la ventana y el comodín cerca la cabecera, y mirando las estrellas y atrapando á cada punto bichos de diversas clases y tamaños, todos cargantes y hambrientos, me dispuse á pasar la noche de claro en claro, arrullado por el rítmico ronquido del negro.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Al cabo de media hora escasa de sudar el quilo, de perseguir insectos y de mirar á las estrellas, sino me dormí, precisamente, debió de faltarle muy poco.

Sumido estaba en profundo sopor, cuando de repente sentí una mano sobre mi rostro. Pegué un salto, empuñé el revólver, me cercioré de que el cinto estaba en su sitio y encendí la vela. Todo continuaba tranquilo. La puerta no se había abierto y el negro dormía sobre la paja, destacándose perfectamente su oscura masa del color pajizo de su cama, y parecía que no se hubiese interrumpido el ritmo de su respiración pausada. Pero, á pesar de que nada justificaba mi alarma, no me cabía ninguna duda de que una mano había tocado mi cara. Es más. Aun cuando estaba dormitando al sentir el contacto, tenía la seguridad de que aquella mano

tenía algo extraño é insólito, que su contacto me produjo una impresión jamás sentida. Me parecía que me había tocado una mano de niño; pero muy veluda, muy áspera. Y que me había tocado con suavidad, como para acariciarme; pero con una torpeza y de un modo que no podía hacer una mano humana.

Me vestí y bajé de nuevo al comedor, donde aún quedaban algunos trasnochadores. Me quejé al hostelero de lo que me había ocurrido y le exigí otro cuarto.

El digno portugués se echó á reír cuando le conté mi aventura, y lo propio hicieron los demás huéspedes. En cuanto á mudar de habitación era imposible de todo punto. Indignado de que me tacharan de visionario y de que me calificaran de cobarde, subí de nuevo al embrujado cuarto.

Con la vela encendida, estuve largo rato sin que nada de particular ocurriera; pero, viendo que se iba á consumir por entero y que no tenía otra de repuesto, me decidí á quedarme á oscuras, firmemente convencido de que no dormiría poco ni mucho.

Mas al cabo de un rato, volvió el invencible sopor á apoderarse de mí, á pesar de mi inquietud, y otra vez quedé amodorrado.

Así, entre dormido y despierto, me pareció ver de repente que una mano negra y vellosa, penetrando por la ventana enrejada, se dirigía hacia mi rostro. La vi como se aproximaba poco poco, con precaución infinita; sentí como tocaba mi frente y experimenté una sensación de repugnancia y de terror tan grandes, que desperté del todo. Pero, al hacerlo, rápida y firme mi mano, atrapó aquel apéndice monstruoso y lo aprisionó como unas tenazas. La mano negra pugnaba por escapar, y al mismo tiempo, la criatura á quien pertenecía lanzaba unos chillidos tan estridentes, tan antihumanos, tan espeluznantes que, horrorizado, loco de terror y angustia, abandoné mi presa y, saltando de la cama, encendí la luz.

Aquella vez no me cabía duda alguna, no era una ilusión de los mal despiertos sentidos. Una mano me había tocado, una mano negra, asquerosa, pequeña, cubierta de pelo.

Quise saber á punto fijo cuál era el trasco que turbaba mi sueño. Revólver en mano, salí al corredor y penetré en la galería. Una sombra desapareció con increíble ligereza, al asomar yo por la puerta. Doblé el ángulo y, plantada bravamente en mitad de la galería, negra, entregándose á una gesticulación des-

ordenada, desafiándome con el ademán y con los ojos, y esgrimiendo en todas direcciones aquella mano espeluznante, estaba una mona de gran tamaño.

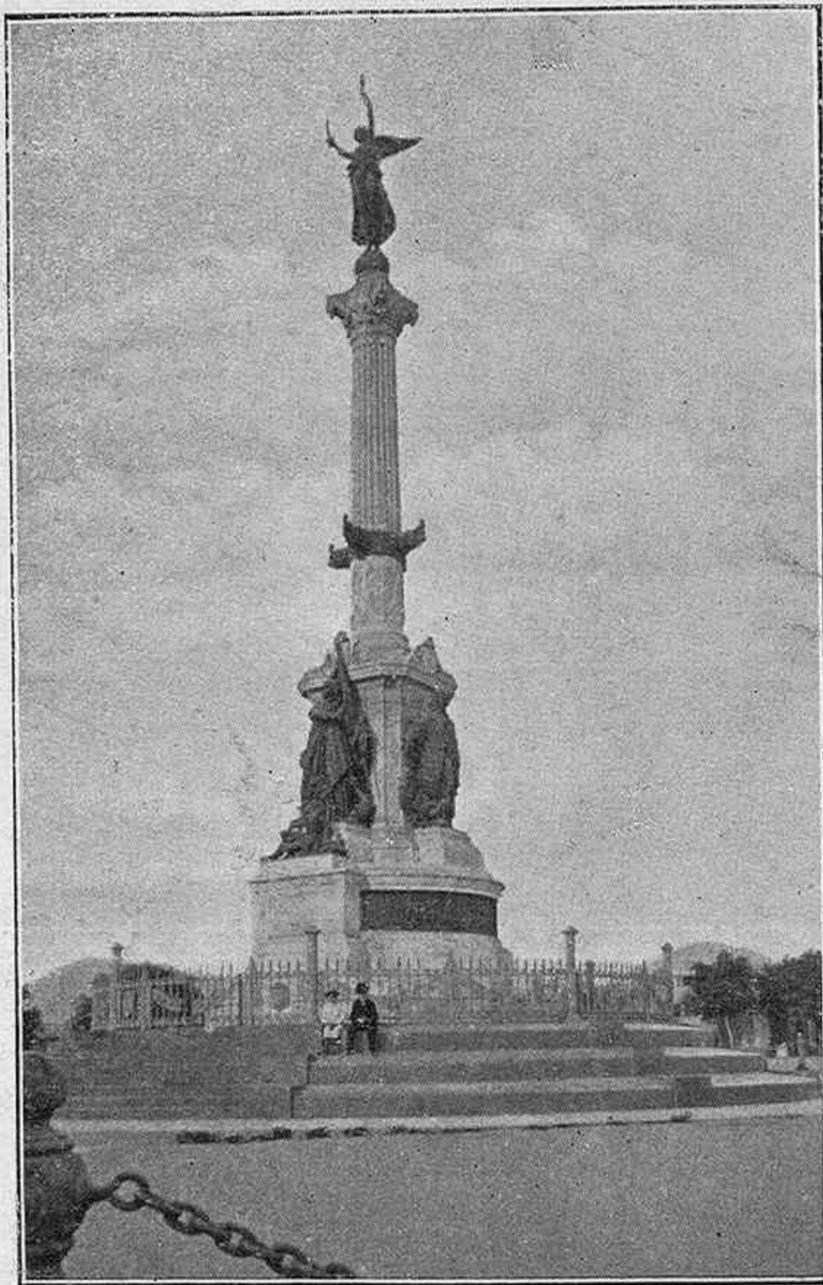
Me eché á reír. Volví al cuarto.

Aparté la cama de la ventana, dormí sin sobresalto alguno; pero al día siguiente al despertar, pegada á los barrotes de la reja vi la cara estafalaria de mi nocturna amiga, y la mano que tantos terrores me produjera, que se movía haciéndome amistosos signos.

Tal es en pocas palabras explicada la aventura de la *mano negra*, que me ocurrió en mi viaje en el *Canopus* desde Hüll á Río de Janeiro.

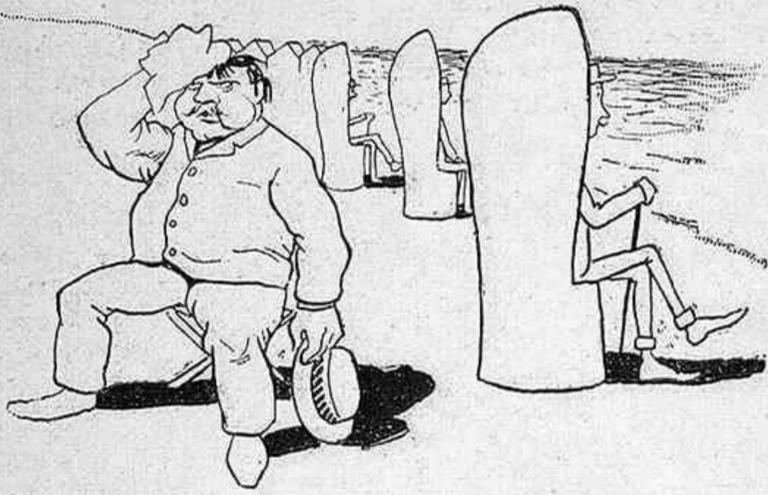
A. RIERA

LIMA

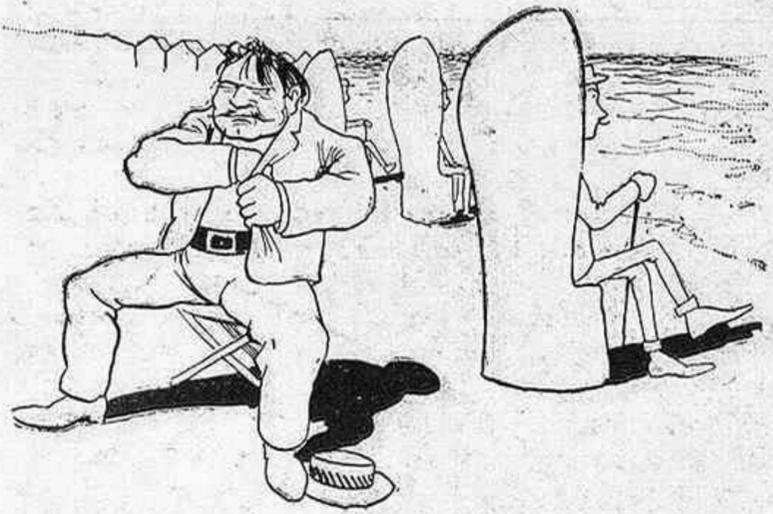


COLUMNA DEL 2 DE MAYO.

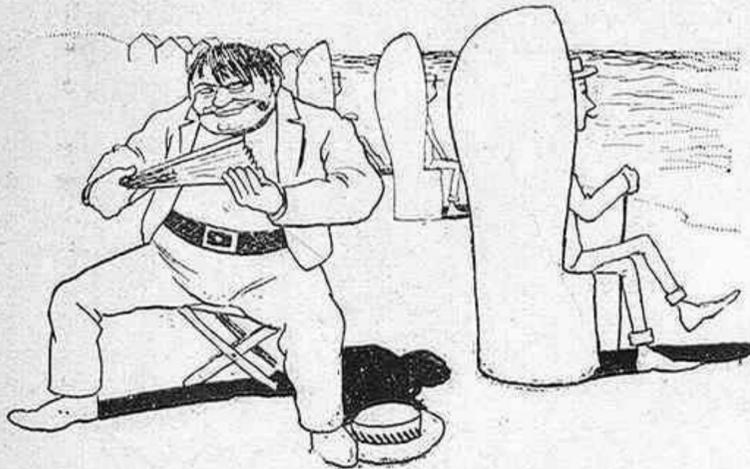
Ilustraciones de SOL MENDOZA.



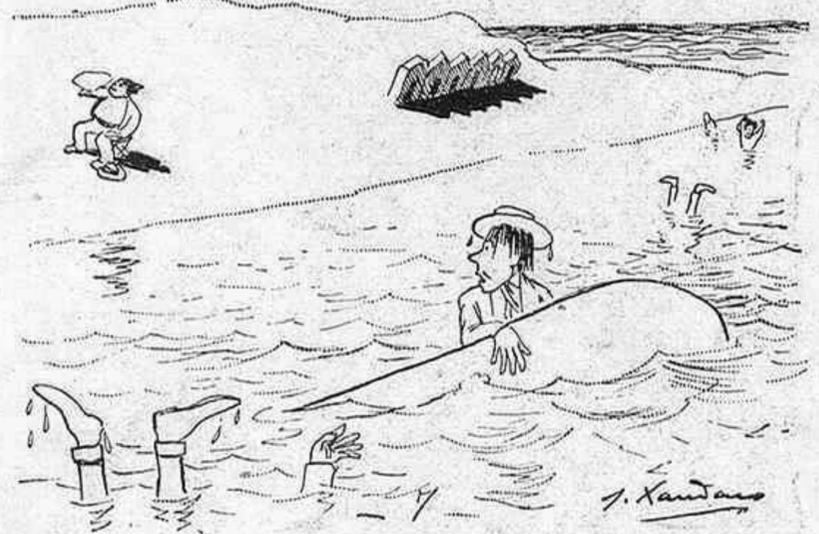
1.



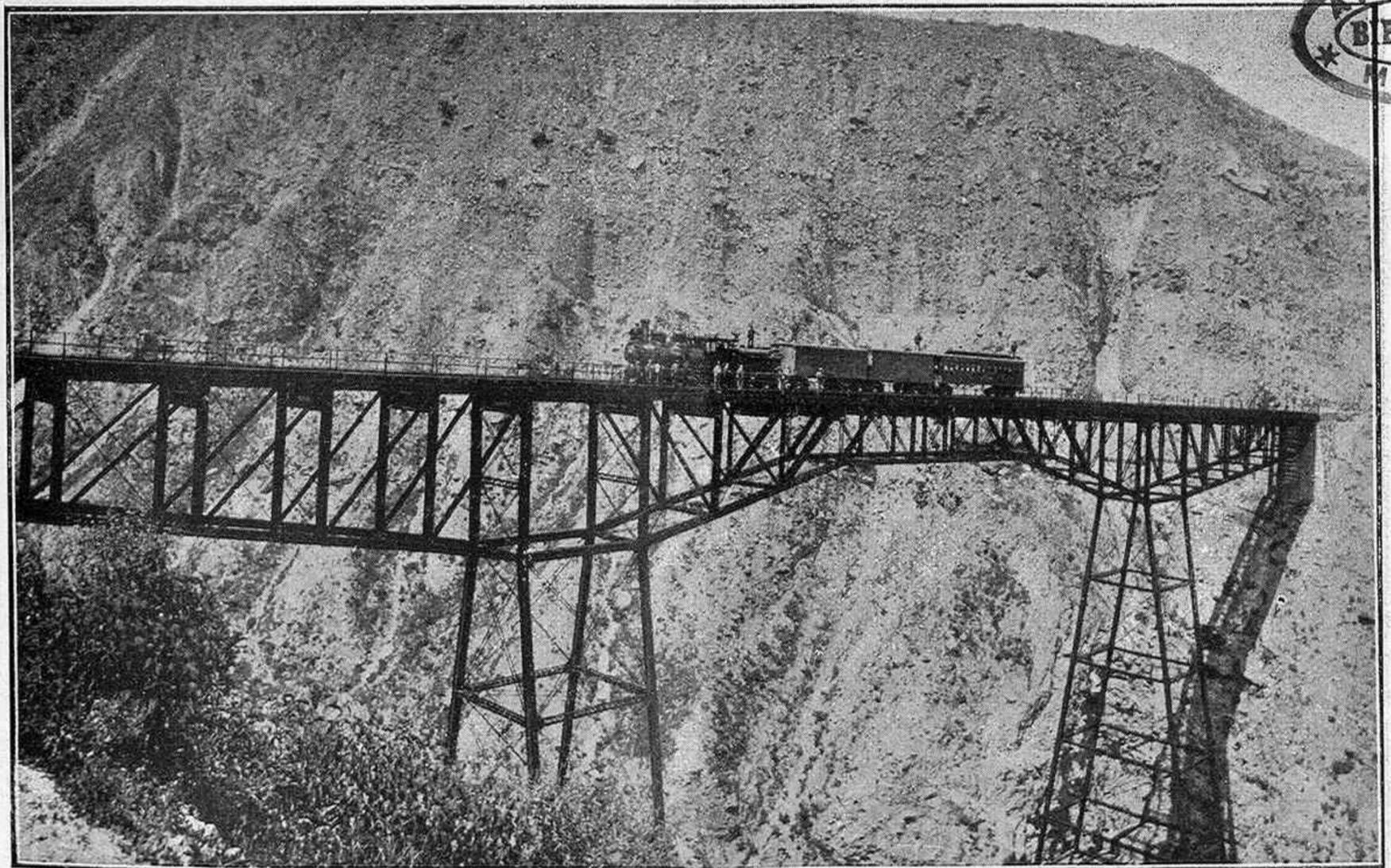
2.



3.



4.



ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

PUENTE DE VERRUGAS (Antiguo). — Lima.



ADLER

MAQUINA DE ESCRIBIR

DEPÓSITO G.^{AL} ☞ CALLE DETRÁS PALACIO, N.º 2
BARCELONA